

Madrid Comico



—¡Señorita, el MADRID COMICO, que viene bueno!



DE TODO

UN

POCO



¡Ya se conoce que estamos en Cuaresma.

Los viernes, sobre todo, no hay quien resista el olor á aceite frito que «exhalan»

las cocinas de la corte.

Yo no sé lo que comerán unas señoras vecinas mías; pero ello es que entre once y doce de la mañana sube un vaho sospechoso que nos tiene preocupados á todos los inquilinos.

—Esas del segundo interior deben de guisar con alguna cosa de la botica—dice la portera,—porque á la hora de comer huele toda la casa á ingüento amarillo.

Sabe Dios lo que comerán aquellas señoras.

Hay quien, á trueque de no faltar al precepto, es capaz de todo. Tengo unas amigas que emplean los viernes el bacalao *trichuelx*, por ser más barato, y después le salen pupas en el cielo de la boca.

Los réres delicados rechazan aquel comestible con indignación y se dedican á las rica lenteja en ensalada, al reputado potaje, á las tan aplaudidas sopas de ajo y á otros manjares no menos finos y apetitosos.

Almuerza uno á las doce, dos ó tres platos de estos y á las siete de la tarde anda todavía luchando con los recuerdos del pimentón y el saborcillo de aceite.

—¿Qué haría yo para quitarme el gusto del all muerzo?—pregunta usted á un amigo de confianza.

—Le tengo agarrado á la faringe.

—¿Qué has comido?

—Almejas, escabeche, coliflor, espinacas...

—Toma té.

—Ya he tomado cinco tazas y no consigo ahogar las almejas.

—¿Te gusta el papel secante?

—No lo he probado nunca.

—No importa; cómete un par de pléegos, á ver si consigues enjugarte por dentro.

La comida de vigilia suele producir perturbaciones internas.

—Melitoncito—dice una joven á su novio.—Tú no eres el de siempre. Tú sufres; hace un mes esta-

bas á mi lado «embriagándote con el perfume de mi aliento», según decías. ¿Por qué estás hoy ojeroso é intranquillo?

El joven no osa confesar que se le ha quedado de pie en el estómago una ensalada de cardillos y dos huevos duros; pero al fin se resuelve á declararlo todo y echa á correr hacia su casa. Llega al portal sudando campeche y cae rendido en brazos de la familia de la portera, que nota cierto ruido interior en el vientre de Melitoncito y le pregunta asustada:

—¿Qué trae usted dentro?

—No lo sé; pero sospecho que sea la ensalada de cardillo. ¡Yo me muero!

—No se muera usted aquí. Suba usted á su casa...

—No voy á tener fuerzas...

En efecto, Melitoncito se acuesta en el primer escalón, para esperar la muerte y sólo después de muchas tazas de manzanilla logra volver á su pristino estado.

..

Los que pueden comer ostras y salmón, lubina, langostinos y tantos otros manjares sabrosos, riciándolos con rico Burdeos ó excelente Borgoña, andan por ahí tan tranquilos; pero el que cae bajo la acción cruel del fementido bacalao ó tiene que entregarse á las lentejas impías, sufre toda clase de tormentos y no cesa de preguntar á la esposa amante ó á la cocinera afectuosa:

—¿No habría medio de inventar algún plato de vigilia que no tuviera aceite? ¿No podría disfrazarse al bacalao de modo que no le conociera nadie?

Y hay cocinera que lo envuelve en harina ó lo pinta con huevo, aunque todo es inútil, pues el bacalao, por mucho que lo quieran desfigurar, siempre resultará una cosa así como esparto lleno de espinas.

..

Hay sin embargo quien come de vigilia y se da por muy satisfecho.

¿Por qué? Porquetodos los días se descubre algún matadero clandestino, y estamos expuestos á comer carne de mula escrofulosa ó de perro pulmoniaco.

En un solar de la calle de Alfonso XII, la autoridad sorprendió el otro día un matadero, donde eran sacrificadas mulas seniles y burros sexagenarios.

—¿Para qué quieren ustedes esa carne?—preguntó inocentemente un inspector.

—Para hacer chorizos—contestó uno de los matarifes.

—¿Y hay quién los coma?

—¿Que si hay? Muchísima gente. ¿Qué sabe el cuerpo lo que le dan? Mire usted, la semana pasada hicimos una longaniza de perro, que era lo que habia que comer. El perro con ajo y pimentón, es cosa riquísima.

Así y todo, hay gente tan tonta que no quiere

comer carne de perro. ¡Qué escrúpulos tan ridículos!

Es preferible esta carne, siempre que el perro sea joven y aseado, á la que se vende en algunas carnicerías de fama.

Porque está averiguado que la pintan al óleo.

Luis TABOADA.

A UN CANDIDATO

La carta que me has escrito me tiene desde hace rato exclamando de hito en hito:

¡Candidito, candidato...
¡Candidato, Candidito!

Dices que todo va bien y se te *encasillará*, y aunque no dices por quién, el que te *encasille*, buen *encasillador* será.

Lo que me choca infinito es que ignores el distrito donde harán que se te vote. Permíteme, Candidito, que te llame *candidote*.

Pues no es la cosa confusa para que á dudarla llegues, sino verdad inconcusa: *Cunero*, no me lo niegues que tu distrito es la *Inclusa*!

¿Cómo tú, que eras dechado de las personas sencillas, me escribes tan entonado? Eso del *encasillado* te saca de tus casillas.

Bueno que escribas así á tus *fieles* electores. ¿Pero á qué contarme á mí que el Gobierno premia en tí *servicios* de tus mayores?

¿Servicios? Sé que tenia tu abuelo cacharrería; mas francamente ignoraba los *servicios* que *prestaba*; yo estaba en que *los vendía*.

¿No sirvió en El Habanero tu padre? Pues sé sincero. ¡Si no hacen falta mentiras! Di que á la Cámara aspiras como hijo de *camarero*.

Por lo demás yo confío, y celebro y hasta ansío que seas pues lo deseas padre de la patria, y seas, por lo tanto, abuelo mío.

Y esto es útil para mí

Nuestras artistas.



Srta. ESCALONA

(Fotografía de la Sociedad Artístico-fotográfica).

porque siempre es un consuelo, si me dicen por ahí; —«cuéntesele usted á su abuelo» r y contártelo á tí.

Ahora bien; quede sentado que sobre el voto no escribas, pues será sin resultado. Yo voto á Briós, voto á Cribas pero nunca al diputado.

Como dices que lo esperas, te hablo así de todas veras porque en vano no lo intentes, con mi *sufragio* no cuentas

hasta después que te mueras.

Sin mas por hoy Candidito conste que te felito y que me será muy grato que te resulte el distrito bueno... bonito... y barato.

Y como sé que el Gobierno cambia á veces los resortes por tí pediré al Eterno que te diputen á Cortes; no te diputen... al cuerno.

CARLOS LUIS DE CUENCA

POETAS DEL AMOR

«No es cosa tan fácil hinchar un perro», puede haber dicho Herrero, si no con mucha originalidad, con sobrada razón, al terminar su libro. Buena prueba de ello es que muchos han intentado hincharle y pocos lo han conseguido. Unos traducen los poemas á modo de folletín *rocambolista* (tal cual—telle quelle).—otros con un exceso de fantasía deplorable. Resultado: dibujo del natural, por Comba, ó fotografía de seis, por una peseta, con marco.

Las traducciones de Herrero son positivas de Lokner, que cuando no superan el natural, conservan la fidelidad de lo imagen. Así; lo dice quien puede, el maestro Menéndez Pelayo, en tales materias juez inapelable, algo así como un consejo de guerra francés en nuestra literatura.

Y cuando el maestro habla, los pipiolos debemos callarnos, y aplaudir aceptando los «hechos consumados», sobre todo siendo amigos del simpático Herrero; así se evitan hablillas y resquemores de los buenos compañeros, que están siempre á lo que salta; ¡espíritus benévolo y bien intencionados!

Sobre todo; quien no crea al maestro que lea la muestra que vá debajo, si es tímido para gastarse las dos pesetas que cuesta el libro—¡el papel vale más!—y se convencerá de que le sobra razón á D. Marcelino para decir lo que dice.

HEINE

Intermezzo.

En tu faz dueño adorado,
puso el estío brillante
su resplandor sonrosado;
más en tu pecho inconstante
está el invierno encerrado.

Pero medita, bien mío,
que, como nada hay eterno;
pronto acaso el hado impío
pondrá en tu pecho el estío
y en tu semblante el invierno.

Volví á soñar: bajo los altos tilos,
en una noche azul,
yo te juraba amor, y me jurabas
amor eterno tú.

¡Cuántos sueños amantes! Prometía
no olvidarme de tí,
y tú sellaste mi promesa, hundiendo
en mi mano tus dientes de marfil.

Niña de azules ojos, blancos dientes
y cútis de azahar:
era bastante el juramento; estaba
el mordisco demás.



José J. Herrero.

KALIDASSA

Grigora Tilaka.

Si Dios tomó para formar tus ojos
de un loto la corola temblorosa;
si dió á tus labios rojos,
con el matiz de la temprana rosa,
su miel y sus carmines;
si formó de un nelumbo tu semblante;
si robó para hacer tus blancos dientes
sus pétalos de nieve a los jazmines,
y tersura á tu seno palpitante
dió con hojas turgentes
del tchampaka, perenne cual la yedra,
responde si lo sabes: ¿cómo pudo
tallar el roble rudo
de tu insensible corazón en piedra?

Quien al cruzar la senda fatigosa
halla al aguza-nieves detenido
del loto en la corola temblorosa,
pastor errante ó paria envilecido,
al punto por el ave misteriosa
en magnate se juzga convertido.

¿Por qué, niña inconstante,
te sorprende que príncipes se crean
cuantos miran tu cándido semblante,
y ven como aletean
de un loto perfumado entre las galas,
dos aves que dichasas juguetean
y que tienen tus párpados por alas?



Yo bien sé que son las modas por vosotras acatadas, mas con capa negra, todas, parecéis uniformadas.



¡Una idea salvadora!
Veo á D. José Simón
y le pido subvención
para hacer en Alcorcón
La rica y noble pastora!

GACETA DE MADRID

Mi emoción fué extraordinaria. Yo la creía—*é por causa*, según lo que de ella han escrito—una dama enfática, afectada, dómine hembra de edad proveyta; y entró en el salón, con paso menudo y noble, una señora joven, de rostro agradable, de ojos vivos é inteligentes, de menuda y blanquísima dentadura, que envidiaría una muchacha de quince años. El salón de Emilia Pardo Bazán es de gusto exquisito, serio, elegantemente severo. He visto muchos salones, fotografías é salones; fotografías de los salones de nuestra aristocracia, d'ársis. llamativos, repletos de quincallería cara; fotografías de los *boudoirs* de las actrices de París, discretos, confortantes, bonitos. El salón de la señora Pardo Bazán no es ni bonito ni chocarrero; paredes cubiertas de tapices, muebles sólidos de roble, un aparador con antigüedades, estantería baja embutida de libros clásicos, el *parquet* limpio, radiante; á los lados de una puerta, dos grandes sillas—una niña y una dama,—y sobre el estante la imagen patinosa, recuerdo de algún viejo convento, de un niño Jesús. Pardo Bazán habla afablemente, con palabra fácil, abundosa; sonríe, sonríe siempre con ligera sonrisa ingénua; acciona discretamente, manoseando á ratos la cadenilla del impertinente. Prepara un volumen de cuentos, *Cuentos de amor*, y acaba de publicar un libro, *El saludo de las brujas*. Por eso creo oportuno

escribir aquí cuatro palabras de la ilustre escritora. Para mí es indudablemente una gran personalidad en nuestras letras; tiene, como literato, la profundidad y la energía de un hombre y la gracia y la frivolidad espiritual de una mujer. ♦♦ Avanzamos en el «tiempo santo» de Cuaremas, tiempo de meditación, de interno recogimiento. ¿Quién no tiene acciones vituperables de qué arrepentirse? Decía hace poco el poeta Coppée: «Desconfiad del hombre que repite sin cesar: *Puedo caminar con la frente levantada; no tengo de qué acusarme.*» Y un humorista francés escribe: «Va usted por la calle, pára de pronto á un transeunte y le dice solemnemente: *¡Usted tiene un crimen en su vida!* El desconocido, atónito, reflexiona un momento y encuentra

dos.» ♦♦ No es tan viejo el libro de González Serrano, el maestro venerado, para que no se pueda hablar de él. *La Psicología del amor*—de la cual la gran prensa no ha dicho palabra—no es libro de gente frívola y maleante; es obra filosófica, profunda, de intensa lectura. González Serrano es uno de los intelectuales que más reciamente trabajan. Cigarrero tras cigarrero, en su estudio repleto de libros y revistas, pequeño, diminuto, sin más ornamento que un autógrafo de Schopenhauer, medita, lee, escribe, con la impasibilidad de un árabe. Porque eso es González Serrano; un tipo árabe. No hay más que verlo, ver su cara tostada, su barba negra y fuerte, sus ojos luminosos, penetrantes. En la *Psicología del amor* está todo el filósofo. ¡Cuántas observaciones sagaces á cerca del amor, del miséricismo, de los misóginos, de la mujer, en fin! ¡Oh, cuánto se ha hablado de la mujer! Tema eterno, insagotable, que por modo más perfecto ha compendiado en cuatro frases el asunto, es un monge del siglo xvi, Fray Cristóbal de Fonseca. Cuenta el Padre Fonseca, en su *Tratado del amor de Dios*, que deseando un ejemplarísimo cenobita librar á cierto manco de los peligros mundanales, llevólo con él al desierto desde muy tierna edad, de modo que en toda su vida conoció hombres ni mujeres. Pero tuvieron que ir los dos á la fiesta de un lugar, y entonces el santo varón, para infundir al muchacho horror á las hembras, le dijo señalándole: «Hijo mío, eso que ves son los demonios.» Pasó la fiesta, regresaron los dos al yermo, y curioso é inquieto de conocer lo que más llamara la atención de su discípulo, le interrogó sobre cuál había sido su gusto. Y contestó el muchacho: «¡Ay, Padre, los demonios!»

J. MARTÍNEZ RUIZ.

DE EJERCICIO

POR DONAZ



¡A ver cómo marcamos hoy el paso! ¿eh?



¡Marchen!



¡H...!!

LA PASTORA

D. José Simón y Torres—una muestra muy conocida en Madrid—sintió bullir un día del pasado invierno algo extraño en el cerebro... despachando madapolán a una rubia, según dicen, de ojos verdes, de cutis blanco tirando a rosa, de buen talle, manos aristocráticas y pié breve.

—El madapolán, el hilo crudo ó lo que fuere—preguntó el señor Simón—¿es para camisas?

—Puede—contestó la rubia ruborizándose un sí es no es.

—¡Dichoso el madapolán, que tal destino le dán!

—Esclamó el futuro autor de La Pastora. El cere-

bro del activo comerciante, entonces descansó. Lo que le bullía dentro era la forma poética.

A partir de la aleluya del madapolán, Simón y Torres fué una tromba poética.

Cuentan los amigos del audáz lírico que en cierta ocasión despachó una gran cantidad de géneros atrasados; á fuerza de consonantes. La rubia del madapolán, que como la mayoría de las rubias era, si bien fría, muy sensible al verso, compró sin descanso en casa del señor Torres, no por necesidad de hacerse más camisas, sino por gusto de que la despacharan con poesía.

No contento con estos triunfos alcanzados en el mostrador, el señor Torres quiso buscar mas ancho espacio para que su musa se moviera sin tropezar con Mercurio; y en horas veinticuatro compuso *La noble y rica pastora*, que le abrió el templo de Apolo.

Torres, comerciante, Torres, dramaturgo, Torres, caballero particular, es y será siempre una personalidad digna de estudio, por lo acentuada que se muestra en cualquiera de los aspectos de Torres la nota poética.

Es su temperamento tan esencialmente lírico, tiene tan profundas raíces la planta de la poesía en su espíritu, que, como ya se ha visto, hasta el anti-artístico oficio de vender géneros pasados de moda, él lo desempeña de manera que encaja de lleno en la métrica más exigente.

Versifica el señor Torres con soltura y facilidad; véase la siguiente aleluya que justifica lo que afirmo:

«Si, Fernando, yo te quiero
aunque no tengas dinero»

Posée, además de esta excelente condición, otras no menos valiosas; pero la que, á mi juicio, más le enaltece es la de no olvidar, por mucho que se eleve en los etéreos espacios de la fantasía, que procede del comercio.

¡Feliz maridaje de Mercurio y Apolo!

Siente amor por las musas, pero también «le tira» el mostrador.

Véase:

«Que se celebre la boda;
toda la propina mía
se la daré á mi Maria
para que vista á la moda.»

Torres, aun cuando esté con las manos en la masa dramática, «hace su artículo».

¡Qué mayor recomendación de los géneros de moda que esa cuarteta, ó lo que sea!

Ahora bien; ya que hasta los académicos se mezclan en la broma general en que vivimos, yo me permito proponer á los de la lengua una idea:

Hagan «correspondiente» al señor Torres,

¿No han hecho los de la Historia al señor Cascales miembro de esa especie?

Pues que siga la *blague*.

TOMÁS CARRETERO.

LOS HOMBRES DEL DIA



DON ANGEL GUIMERA



LIBERTAD

Sombra, sombra de hojas verdes, era lo que buscaban ambos en las horas de amor. ¡Cuánto cantaron juntos aquella primavera! ¡Cuántas ternezas se dijeron los dos en la copa de un árbol agitado por la brisa!... Si ella, mirando al cielo, se arrobaba en su canción, oíala él atento, ladeando un poco la cabecita temblorosa, y cuando morían las últimas notas en el pico de su compañera, sacudíase las plumas, se erguía con gentileza para entonar también la trova del amor ardiente. ¡Jilguero de más inspiración y más fachenda! Era grande y tenía el plumaje limpio y hermoso. Había pasado en la vida sus aventuras serias y graves. Una mañana, cayó preso en liga; vió correr hacia él cuatro chiquillos locos de gozo; hizo entonces un esfuerzo supremo, y escapó... Dejar, dejó allí plumas, compró con sangre la libertad de sus alas, pero logró huir á la espesura, á los rincones sombríos de follaje, al hogar de hojas de sus sueños... Aquel día voló mucho, bebió con ansia la dicha de ser libre, y á una araña que sorprendió acechando á una mosca, matóla de un picotazo...

¡A cuántos afanes les llevó el amor, á él y á su compañera! Gracias que ésta, salió la pájara más hacendosa y sabihonda que se había visto. Estaba en todo. Hilos, briznas, tamo, cerdas, todo se lo colgaba del pico, y lo traía á casa para hacer el nido; y mientras su amante enmarañaba y tejía aquellos materiales, ella le contemplaba enamorada, charlotteando en voz baja, y dando también sus planes... Así elevaron á su amor un templo, y en él se unieron felices, escondidos en la fronda misteriosa, teniendo como regalo de bodas, azul de cielo, rayos de sol, caricias de la brisa, música de hojas...



Tuvieron hijos; cuatro diablejos tragones, que todos se volvían boca en cuanto oían comida; había que cebarlos; había que salir y buscar alimentos. En esto se pasaban el día. El calor de sus plumas, el pan de sus bocas; todo era poco para aquellos golosos. ¡Qué fatigas!

Cuando los pequeñuelos comenzaron á echar pluma, y alegraban el árbol con su charla, salieron un día los padres en busca de alimento. Volvieron al oscurecer... No hallaron en el árbol nido ni pájaros; no tuvieron á quien cebar. Entonces comenzó el amor triste, el cantar llorando, la queja inmensa que se perdió en la soledad de la arboleda. Cuando cerró la noche, velaron juntos su dolor, sobre las ruínas del nido; no pegaron los ojos, y á la luz del alba de aquel día, no la saludaron cantando...

*
**

El amor les guió. Volaron, volaron, buscando aquí y acullá. No se sabe quién les mostró el paradero de sus hijos... pero dieron con ellos. En una casa, no muy lejos del bosque, había un balcón, de cuyas rejas pendía una jaula; allí estaban los cuatro tragones encerrados entre alambres, presos por un rapáz, un diablejo tirano, un saltabardales, que había dicho á un compañero de correrías:

—Ya verás cómo vienen los padres á cebarlos...

—Vendrán; pero hay que tener ojo—dicen que los jilgueros envenenan á sus hijos, cuando ven que es imposible libertarlos...—le replicó el otro tirano.

Si; los padres vinieron; llegaron angustiados; posáronse primero en las ramas de un árbol cercano á la casa, para estudiar la situación, y cuando se creyeron solos y seguros, lanzáronse como locos encima de la jaula, erizadas las plumas, los ojos ardiendo... El padre aferró el pico á una reja, intentando arrancarla; la madre besaba á los hijuelos, y extendía las alas como para abrazarlos y darles calor... ¡Malditas rejas!

Convencidos de su impotencia, instaláronse ambos en un árbol próximo á la cárcel; desde él veían á los cuatro tragones; desde él volaban todos los días á llevarles de comer, con lo cual el chiquillo tirano, estaba satisfecho; crecían los pájaros que era un primor; de día en día, se les notaba crecer las plumas de las alas, ¡de unas alas que crecían aprisionadas!... Días y más días se pasaron padres é hijos contemplándose; aquéllos en el árbol, éstos en la cárcel....

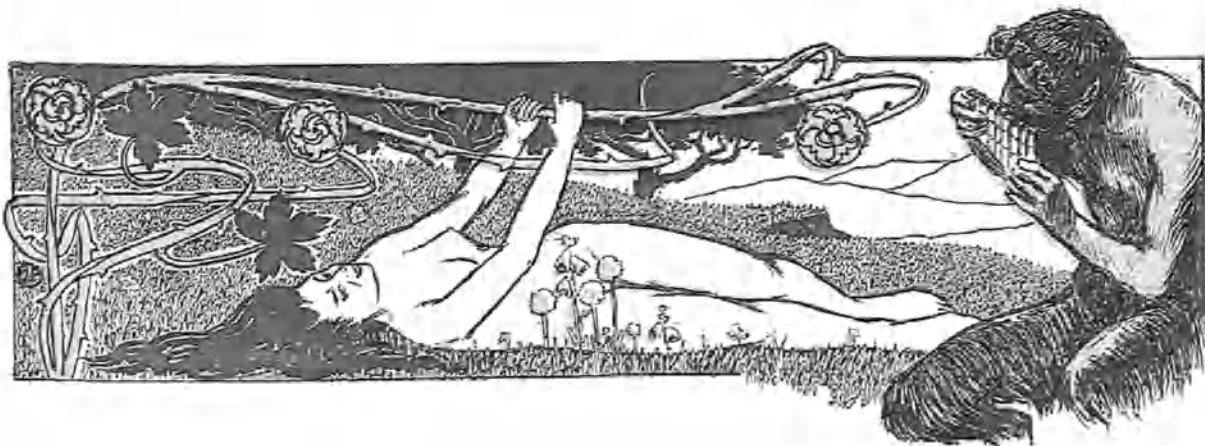
Moría la primavera. Una mañana, ambos jilgueros partieron del árbol como saetas. Nadie los vió en todo el día; pero volvieron al ponerse el sol, y cebaron como siempre á los golosos; luego volaron á las ramas de su hogar, y en él pasaron la noche silenciosos, encogidos, inmóviles, hasta que apuntó la aurora. Tampoco aquel día la saludaron cantando...

Cuando ya el sol alegraba los campos, apareció en el balcón el chiquillo carcelero á visitar los presos. Estaban muertos, y velaban sus cadáveres, desde el árbol cercano, dos jilgueros, inmóviles, silenciosos, que parecían dos puntos negros.

Recordó entonces el niño lo que le había dicho su amigo. ¿Sería verdad lo del veneno?

Y miró á los dos pájaros. Estos, entonces, entonaron no sé qué himno de libertad sagrada ó terrible protesta; revolotearon un momento contemplando los cadáveres de sus hijos, alejáronse luego, y el rapáz los vió perderse para siempre en el espacio azul. Iban cantando...

JUAN OCHOA.



PALIQUE (1)

Agius III. ¡Perdón! Es el último de la dinastía.
¡No lo volveré á hacer! Pero, ahora, déjenme ustedes deshacerlo.

Ni por un momento crea el Sr. Agius que le he tomado en serio. Le he leído, por casualidad; he hablado de sus cosas, por recurso; por no tener otro asunto á mano.

Y ahora le *lanzará á la cima del olvido* por los siglos de los siglos.

Cree Agius que he estado tres semanas preparando lo que le había de decir. Si con eso se da tono, pase. La verdad es que llegó á mis manos el artículo de Agius, mucho después de publicado... y que me olvidé de él hasta que por puro azar, se me puso delante otra vez en ocasión en que yo buscaba, con prisa, asunto para un palique.

«Agius no es latín». Si señor, es latín macarrónico, que es lo que yo dije; como aquél de *perriquis de patris miquis*.

«No se dice por de pronto». Si, señor, se dice, yo lo he oído á muchos, y por eso lo digo, porque se dice, y no hay razón para que no se diga. El que algún maestro de escuela como usted, sostenga que no se puede decir es poco motivo para que deje de ser verdad que se dice.

Lo principal es eso, que se dice. Pero además, hasta la gramática de la Academia, nos asegura que la preposición *por*, rige todos los adverbios de tiempo, menos *ya*, y todos los de modo, menos *así*; y cita de *pronto*, como expresión adverbial (p. 232). Y esta expresión adverbial, que lo es de modo y de tiempo, —pues cabe un modo en el tiempo— se deja regir por... *por*. No es esto acumular dos preposiciones indebidamente, pues el *de*, en *de pronto*, ya forma parte de la expresión adverbial, aunque no se haya incorporado á *pronto*, como en *debajo*. Por lo pronto, y por el pronto, son cosas diferentes de *por de pronto*. Y vuelta á lo de los matices. El escritor de veras, artista, Sr. Agius, no dirá por el pronto, cuando quiera decir lo que yo le decía á usted. Como tampoco dirá sentimentalismo por sensiblería, como Agius manda. Sentimentalismo, es palabra que puede tomarse en buen sentido, sensiblería, no. ¿Qué ha de ser sensiblería galicismo? Si los franceses crearon la palabra antes que nosotros, no es motivo ese para que nosotros, contando con elementos muy castizos, (*sensible* y la terminación *ría*), dejemos de usar ese vocablo que expresa lo que sin él no se puede decir exactamente. Hay muchos falsos galicismos de este

género, que acreditó el famoso Baralt, entre los *maestros incompletos* y otros cursis, como Agius.

Pero, volviendo á *por de pronto*; aunque consideremos el *de* como preposición separada de *pronto*, la Academia declara en la pág. 234 de su gramática, que *por* es de las preposiciones que pueden ir con otras, y dice: *por arte, por bajo, por ne*. ¿Lo quiere más claro Agius?

Y ahora empieza Agius á cazar erratas. «El nombre de Dios se escribe con inicial mayúscula.» ¿Cree de buena fe que Clarín no sabe eso? Luego si leyó *dominus* por *Dominus*, ¿no debió achacarlo á error del cajista ó descuido? Yo que corregí en el artículo siguiente las erratas de ese en que se lee *dominus*, ni siquiera advertí eso, porque la misma vista corrige en estos casos tan claros, sin dejar notar la equivocación. El que ha tenido que corregir muchas pruebas, sabe cuán fácilmente se escapan sin enmienda las erratas más claras, una *a* por una *e*, v. gr. ¿Le parece serio al Sr. Agius suponer que yo escribo con minúscula Dios ó *Dominus*, el Señor? Crítica de maestrillo incompleto... y que escribe *hai* y *Cerbantes* por distinguirse, y para que le asociendan á completo los *fonéticos* cuando sean Gobierno.

Se refiere Agius á otras ocasiones en que me invitó á discutir con él. ¡Pero como yo no me enteré! ¿A Vd. se le figura que yo puedo perder el tiempo en leerle á Vd? Esto de ahora es una broma pasajera, un despilfarro de minutos, por el cual bastante me remuerde la conciencia. Es un vicio que tengo, esta debilidad de pararme á veces á disputar con Agius por el estilo; como tengo el vicio del ajedrez. Pero yo sé que está mal hecho. Si Agius leyó lo que tengo dicho respecto de los *fonéticos*, recordará que les he negado siempre toda beligerancia. De vez en cuando, cuatro palitos y á casa. Pero esa filología de escalera abajo, no merece discusión.

¿Por qué Agius cree que el uso es árbitro en sintaxis y no lo ha de ser en ortografía? Tanto como en lo oral molestan el barbarismo y el solicismo, molestan, en lo escrito, las atrocidades de los fonéticos; que, además, no están de acuerdo, y con esto hacen mayor el lío.

Ni una palabra replica Agius á mis argumentos fundados en la incertidumbre y en los defectos de pronunciación. Pero dejo esto de la ortografía fonética, que es causa ya sentenciada definitivamente.

(1) Como Agius tiene la mala costumbre de no salvar las erratas de mis artículos, haré notar que en mi palique anterior se lee: *Mendenshoun*, por *Mendelsshoun*; á nadie, por nada; escribí, por escribir; precisa, por preciar; clásteos, por dómínes, etc., etc.

Agius dice que no sé declinar y que no sé conjugar. Eso tampoco se lo va á creer nadie. Y menos si se enteran de que Agius confunde cuestiones de de-

clinación y de conjugación, con cuestiones de contracción, que son de sintaxis. Dice que no sé declinar pronombres porque en un libro mío vió un *la* por un *le*. Aquí, por *de pronto*, vuelve Agius á la caza de erratas. Da la casualidad de que *yo soy leista*, es decir, de los que creen *mejor* el *le* para dativo femenino que el *la*, y en este sentido escribí hace poco en este mismo periódico, cuando trató de esta cuestión mi amigo Valbuena. Y advertía yo entonces, señor Agius, que es inútil ser *leista* ó *laista*, porque vienen los cajistas y le ponen á uno *le* donde dijo *la* ó viceversa. Pues este es el caso, señor.

En escritos de persona que dió su opinión sobre el particular, cuando se vea un *la* que contradice su opinión debe creerse que la *a* no es suya, sino de la imprenta. Lo mismo digo respecto de la ortografía contradictoria que Agius encuentra en mis libros. ¡Claro! Yo escribo *oscuro* y los cajistas, á veces, ponen *obscuro*. Ya me ha sucedido *cerme* escribir *harmonta con h.* en un artículo en que yo me burlaba de ese capricho de resucitar la *h* de armonía. ¿Cree Agius que *yo soy un incompleto* ó un corrector de pruebas?

*
**

Pero el *la* por *le* que yo no uso, no es puñalada de picaro. Los partidarios del *la* citan infinidad de autores clásicos que emplean el *la* y no *le*. ¿Dirá Agius que esos grandes maestros no sabían declinar? No declinarían como opina que debe hacerse, Agius; pero eso es otra cosa.

Pero, además, suponiendo que yo emplease el *la* por *le*, ¿por qué supone Agius que sé que se trata de un dativo y lo llamo *la*? ¿No podría suceder que yo creyese que era acusativo? Pudo mi supuesto error estar en el régimen, mal entendido por mí, y no en la declinación, que es cosa más llana. Si en un escrito de un estudiante de latin ve Agius un *domino*

por *domini* (éste no es el Señor, si no el señor), cuando el régimen pide *domini*, ¿dirá que el chico no sabe declinar, ó que no sabe el régimen que corresponde?

*
**

Escribo yo (y escribiré cien mil veces) «...juró solemnemente que si le tocaban los ocho millones, cuatro eran para los heridos.»

Y dice Agius que no sé conjugar, porque debí escribir *tocaran* y no *tocaban*, *serían* y no *eran*.

Supongo, por un momento nada más, que debí decir *tocaran* y *eran*. ¿En qué estaba mi error? En no saber construir, en equivocarse el modo que pedía la creación condicional. Pues no, señor; según Agius es que creo que *tocaban* y *eran* son de subjuntivo. No, ... ¡fonético!... mi error estaría en creer que se podía emplear el indicativo (como efectivamente lo creo, sin error). ¿No es más fácil saber que *estaba* no es pretérito del modo subjuntivo, que saber cuál modo se puede emplear en la oración condicional? Ahí está Agius, que sabe conjugar, que sabe que *estaba* es de indicativo.... pero no sabe que está perfectamente escrito lo que yo escribí.

Pongo por testigos á todos los buenos españoles de que se puede decir: «Si le tocaban, y si le tocan, y si le tocaron. Ofreció á la Virgen que si sanaba su madre...», etc.» ¿Está eso mal? Yo le apuesto mil duros á Agius á que la Academia en pleno declara que está bien lo que él me corrige. Vea, si quiere, lo que dice la gramática oficial en las páginas 253, 255 y 275.

*
**

Resumen: el Sr. Agius, ¿se hace el tonto?
¿O es su desgracia mayor?

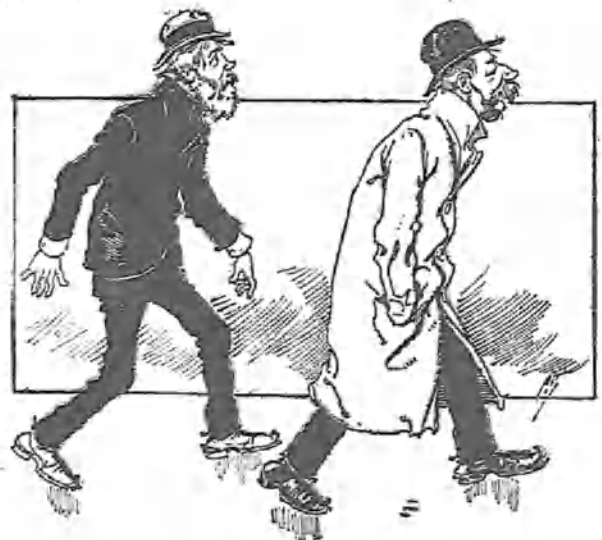
Adiós, incompleto, fonético. Hasta el valle de Josafat.

CLARÍN.

SI DELINQUES.....

Ya sé lo que dijo el cura
cuando te miró contrita
llorando tu desventura
á la puerta de su ermita.
Y, porque lo sé, te juro
que si, en adelante pecas,
y las lágrimas del puro
arrepentimiento secas
y del corazón arrojas,
la contrición prometida
y manchando, sigues, hojas
en el libro de tu vida...
si delinques, desgraciada,
si vuelves á comenzar...
siendo mujer, no haces nada,
nada de particular.

FÉLIX LORENZO



Vamos á la esquina
de aquella plazuela
por si pasa, y nos llama á su grupo
don Paco Silvala.

INTIMIDADES MADRILEÑAS.

UNA VISITA A DON ANTONIO DE VALBUENA



DON A. DE VALBUENA

Al subir la escalera del Hotel de Rusia que conduce á la modesta habitación del autor de los *Ripios*, recordé que alguien me había hablado de él como de un ogro atrabiliario é intratable. — «Para conjurar sus anatemas—me dije—recítaré un discurso en clásico lenguaje.»—Y comencé á preparar mentalmente, con terror meticuloso, una correctísima autopresentación:

—«Magüer que mis merecimientos sean azas insignificantes, atrévome á presentarme ante vuestra merced, impulsado por el vehemente deseo de expresarle mi agradecimiento por las tan encomiásticas como inmerecidas alabanzas que vuestra merced ha tenido la bondad de consagrarme en uno de sus nunca bastante ponderados libros.»

(...Perfectamente!)

Y seguro del efecto que mi cervantina elocuencia había de producir, veíame mentalmente, recibido como un devotísimo discípulo y me regocijaba con la perspectiva de poder sentarme en un apollillado sillón para escuchar las cláusulas torquemadescas con que el maestro me hablaría de nuestros muy incorrectos y muy impíos contemporáneos.

«¡Esta visita si que será solemne!»—murmuraban mis labios irrespetuosos, al mismo tiempo que mi mano, tímidamente, llamaba á la puerta.

Según mi programa yo no debía abrir la boca, una vez mi discurso pronunciado, sino para exclamar cada dos ó tres minutos, oyendo hablar al crítico:—«¡Admirable, admirable!»

«¡Ya lo creo que será solemne!»

Pero el entrevistador supone y el entrevistado dispone. D. Antonio de Valbuena fué, para mí, la más grande de las decepciones. En vez del viejo truculento é implacable que creí encontrar en él, hallé á un hombre sencillo, bondadoso, amable, casi tímido, muy campechano:

—Tome usted asiento.

...Y la silla en que me senté tampoco era una butaca del siglo XVI, sino un vulgar taburete de nuestra época.

* * *

Al cabo de un cuarto de hora de charla, ya hablábamos de todo y de todos, como dos antiguos camaradas.

—¿Entonces, D. Antonio, usted está decidido á abandonar el periodismo para consagrarse á las luchas parlamentarias?

—Ya usted lo ve... Voy á tratar de ser diputado, lo mismo que los demás. Pero no es la primera vez que trabajo en ese sentido. En 1872 me presenté en Sahagún, y aunque todo el distrito electoral creía, con grandes apariencias de fundamento, que mi elección era cosa hecha, á última hora resultó victorioso un candidato ministerial á quien nadie conocía en la comarca...

Enseguida, con acento burlón y resignado:

—...Eso es muy común en nuestra patria desde que gozamos del régimen de libertad. En otro tiempo no había tanta libertad en las arengas ministeriales, pero sí la había en la práctica... Y había honradez... Y también había religión... Hoy todo se reduce á hablar de «carros del progreso» y de «columnas de la tolerancia...» y luego...

Las frases crueles agonizaban en sus labios antes de ser pronunciadas. En ciertas ocasiones, hablando de la política y de las letras modernas, notaba yo su deseo de expresar gráficamente sus ideas sarcásticas; pero nunca, á pesar de mis esfuerzos, logré hacerle decir una de esas palabras terribles que en sus libros sirven con mucha frecuencia para calificar á los aristócratas de nueva cepa y á los poetas académicos. Explicábame los defectos de Rubén Darío ó de Catalina; citábame versos defectuosos; enardecía poco á poco; y cuando la frase brutal parecía indispensable, venía no más una sonrisa, y iras la sonrisa venían algunas palabras casi benévolas:

—Al fin y al cabo en nuestra época no es fácil ser poeta perfecto.

* * *

Una de las causas á que D. Antonio de Valbuena atribuye la inmoralidad de la literatura y de la política contemporánea es nuestra falta de fe religiosa.

—Sin religión—decíame—no puede haber verdadera grandeza en los sentimientos y verdadera hermosura en el estilo. La religión es como un aroma íntimo que brota del alma y que perfuma nuestras obras. En Santa Teresa, ese perfume es divino, lo mismo que en los demás escritores místicos. Pero los que carecen de fe, rara vez son verdaderamente grandes, aun teniendo genio. Espronceda mismo y Campoamor, que á mí no me parecen, sin embargo, enteramente descreídos, carecen de algo para ser más grandes aún, y ese algo es el aroma religioso. Por mi parte, creo no haber escrito nunca una línea que, de un modo ó de otro, no haya sido en alabanza y servicio del Señor. Verá usted...

Valbuena fué á buscar, en el otro extremo de la habitación, una balija; abrióla y sacó de entre muchos papeles, un folleto:

—Esto lo escribí á la edad de veinticuatro años, á raíz de la revolución de Septiembre. Es un opúsculo sin importancia, por el cual, no obstante, tengo un cariño especial á causa de la profesión de fe que contiene... Verá usted... ¿Usted me permite?

Y con voz apagada y monótona, me leyó la página siguiente:

"Soy joven; amo la verdad y la justicia con todo el ardor con que se puede amar, y á falta de otras buenas cualidades, tengo lealtad y franqueza y un alma, gracias á Dios, bien templada en el sacrosanto fuego de la fe... No tengo otro anhelo que vencer ó morir peleando; vivir y morir dentro de la Iglesia católica... ¡Dios de mi alma! Que se quiebre mi pluma y enmudezca mi lengua para siempre antes que venga sobre mi nombre el estigma horrible de los prevaricadores. Bien sabéis que deseo no caer; no me dejéis de vuestra mano y no caeré. Continuad protegiéndome y guiando mi espíritu, y al triunfo de la verdad y de la justicia que defiendo ahora consagraré todo cuanto pueda y todo cuanto valga mientras me quede una gota de sangre en el corazón y un átomo de vida en el pecho."

Quien ha escrito esta página, admirable por la valentía y la entereza de alma que revela, no puede, naturalmente, ser tolerante con los modernos católicos intelectuales que llenan de vino herético la copa tradicional del Evangelio.

—En Francia —me dijo—hay cierto catolicismo á la moda, que llama desde hace años la atención de los jóvenes literatos y que principia á pasar las fronteras. Ya usted ha visto á Clarín predicando... perorando quiero decir... en el Ateneo... Es muy laudable, en general, esa corriente... Pero todavía no es la corriente pura; la corriente que ha de regenerarnos...

Como crítico literario, Valbuena es el único superviviente perfecto de la raza de Moratín. Pertenece por el espíritu al mundo de viejos analistas, que florecieron en Europa á fines del siglo pasado y principios del presente, y que comprendieron la crítica como trabajo de exégesis didáctica. Los estudios literarios de esos críticos fueron juicios objetivos, procesos retóricos y comentarios gramaticales. Un volumen de poesías entre sus manos sacrílegas, se convertía en cuaderno de ejercicios: en sus márgenes apuntaba el maestro las faltas de sintaxis y bajo las líneas de las estrofas hacía rayas azules para indicar los aciertos. Corneille entre las garras de Voltaire, resulta defectuoso; Shakespeare, entre las manos de Moratín, nó es digno de admiración ninguna; y Chateaubriand, entre

las notas del abate Morellet, parece abominable. Pero si quisiéramos escoger el tipo más perfecto y menos simpático de esa pléyade numerosa de analizadores anodinos, tendríamos que recurrir á D. José Gómez Hermosilla. Boileau supo, al menos, encerrar sus teorías mezquinas en los endecasílabos de un poema perfecto; el traductor castellano de la *Iliada*, no supo sino dar forma saporifera á sus comentarios de retórico. Creo que no existe un solo literato moderno que haya leído por completo sus juicios sobre Moratín y sobre Meléndez (aunque Martínez Ruiz pretenda haberlos estudiado). Yo, al menos, nunca supe sino hojearlos. Esa manera implacable y ridícula de examinar las estrofas, verso por verso, me llenó siempre de estupor. Las conclusiones imperativas en nombre de un canon ó de una regla, me indignaron siempre. Y cuando, por mera casualidad, tropezó con los juicios en que el viejo abate Morellet examinaba, frase por frase, las páginas sublimes de *Atala* y de *René*, me acuerdo de aquellos días en que un profesor de gramática ponía comas y acentos á nuestras transcripciones de Horacio.

—Ese tiempo pasado no fué mejor!

—No, mi querido maestro, ese tiempo no fué mejor. Nuestra época puede ser inferior á las grandes épocas literarias y á los famosos siglos de oro... Pero es muy superior á la época de Luzin, de Morellet, de Hermosilla.

Valbuena sonreía, sin contestarme. Sonreía irónicamente pensando con íntima nostalgia en el ciclo de sus predecesores, durante el cual él hubiera podido ser, gracias á su sabiduría gramatical y á la pureza algo pálida de su estilo, uno de los grandes tiranos de la literatura... Sonreía.

Al fin me dijo algo para excusar sus admiraciones y sus odios:

—Yo no dudo del talento de mis contemporáneos... pero la lengua... la tradición... Y el tradicionalismo es indispensable en las letras... Hay una religiosidad del estilo, como hay una religiosidad del alma...

Siguió hablando... Pero yo no percibía ya, sino su nostálgica sonrisa... Y la cicatriz que divide el labio inferior del maestro, me hacía ver, en esa sonrisa, dos sonrisas...

ENRIQUE GOMEZ CARRILLO

REVISTA DE ROPA



—¿Quién te ha bordado este pañuelo con estas letrasas?...
—La Indalecia.
—¿Y quién es esa Indalecia?
—La novia de usía, y con su premiso mía, mi Corouel...

NIÑERIAS



—¿Cómo están tus papás?
—No tengo más que uno.

Chismes y cuentos

La buena acogida que ha encontrado la nueva empresa de este periódico, ha hecho que contraigamos con el público una deuda que hemos de pagar con la mejor moneda.

Hoy principiámos algunas de las reformas. A este número en color, *lenta pero continuamente* seguirán otros, hasta que vencidas todas las dificultades podamos darlos todos así, y mejorándolos aun, sin bombos, ni ruido.

En cuanto al texto, ya lo han visto ustedes; están con nosotros las primeras plumas de España.

Y siga el público honrándonos como hasta aquí con su ayuda, que todo se andará, y todos quedaremos contentos y satisfechos, y a esta reforma seguirán otras que harán *hablar* las piedras.

Al tiempo...



No sé qué Academia oficial, ha fundado un premio-Cánovas que se dará á la memoria en que se trate mejor de la influencia de D. Antonio en la legislación española.

Venga el premio:

"Una influencia desastrosa."

O con menos dureza: una influencia... Alonso Martínez—de otro modo: una *influencia*.



Bremón ha escrito unos versos.
No hay que decir que son malos.
Dígame que son perversos.



Una señora, ó señorita, ha puesto á la venta—no á la compra,—un libro titulado *Nimias poéticas*.

También pudo titularse: *Como la mayor parte*.



Más poesía nimia.
Esto es de la señora—ó señorita—doña Blanca de los Ríos.

Se figura que habla por su boca—habrá osadía!—nada menos que Tirso, no Rodríguez, sino de Molina.

Y dice Tirso (¡qué ha de decir!)

Donosa y gentil María
sol de los corrales nuevos...

¡El sol de los corrales!... Si en los co-

rrales no hay sol nunca, ¡señora! En los teatros, que son los corrales del caso.

Dícenme recién llegados
que está Madrid tan diverso
que ni aun yo le conociere...

¿Tan diverso, así, sin más? ¿Diverso de qué?

Mas aunque el mundo de antaño
cambie por de fuera el gesto...

¿Por donde habría de cambiar el gesto más que por de fuera? Por dentro no hay gestos.



La señora de los Ríos, en sus relaciones con Tirso, es un ejemplo más de los *cariños que matan*. Está enamorada del buen fraile... y le levanta terribles calumnias por servirle.

Ahora le hace decir una porción de vulgaridades en versos incorrectos... y hace poco le declaraba autor del *Quijote de Avellaneda*. Quien bien te quiera te hará llorar,



El cardenal Cascajares ha publicado un folleto para defender la especie de artículo de Reparaz que publicó el otro día.

El obispo de Oviedo emprende, en *El Imparcial*, una campaña contra los filipinos que piden menos frailes y más derechos...

Pues ahora lo que corresponde es que se nos repartan unas cuantas mitras á los periodistas de profesión.



Opina Cascajares que los elementos sanos, unidos, podrían salvar cuantas crisis se dignen enviarnos la Providencia. Yo no me uno.—No quiero condenarme por llevarle la contraria á la Providencia.



Y sigue Cascajares: «Se muestra muy

herido porque se le haya supuesto capaz de volver la espalda á la egrégia señora...»

Los cardenales no tienen espalda.
Al revés; son las espaldas las que suelen tener cardenales.



«Lamenta, siempre Cascajares, que la Constitución excluya del Congreso á los sacerdotes.»

Eso; y del ejército.
¡Esto no lo dice Cascajares. Lo dice la lógica.



Defiende Cascajares su derecho, como senador, de decir lo que dice en la *Pastoral*.

Pero entonces sobra el báculo, sobra la Pastoral.

Si S. S. no habla en nombre de los Apóstoles... pida S. S. la palabra.



En fin, que Cascajares quiere formar un partido católico... excluyendo á carlistas y republicanos.


Precisamente católico significa eso: *universal*... con exclusión de los que no sean dinásticos, Católico-alfonsino.



Señor D. Ricardo Becerro Bengoa: no somos negritos de Guanabacoa; somos europeos, tenemos revistas de las que usted saca sus crónicas mixtas, y ya estamos hartos de tamaños pistos tudescos—sajones—macarroni-mixtos; no queremos copias de que estamos hartos y que así nos cuestan dos veces los cuartos.

RESFRÍADOS: tos, catarros, asma, bronquitis escuran y evitan con las pastillas Morelló.

MADRID—Est. tip., S. Hermenegildo, 32 dup.



Intensivo, suprime el Copáiba, la Cúbeba y las inyecciones. Cura los flujos en

48 HORAS

Muy eficaz en las enfermedades de la vejiga: Cistitis del cuello, Catarro de la vejiga, Hematuria. Cada Cápsula lleva el nombre MIDY

PARIS, 8, rue Vienne,
y en las principales Farmacias.

7, MONTERA, 7

SOBRINOS

DE

Ruiz de Velasco.

ROPA BLANCA

ESPECIALIDAD:

EQUIPOS PARA NOVIAS

CANASTILLAS

PARA

REGIEN NACIDOS

GÉNEROS DE PUNTO

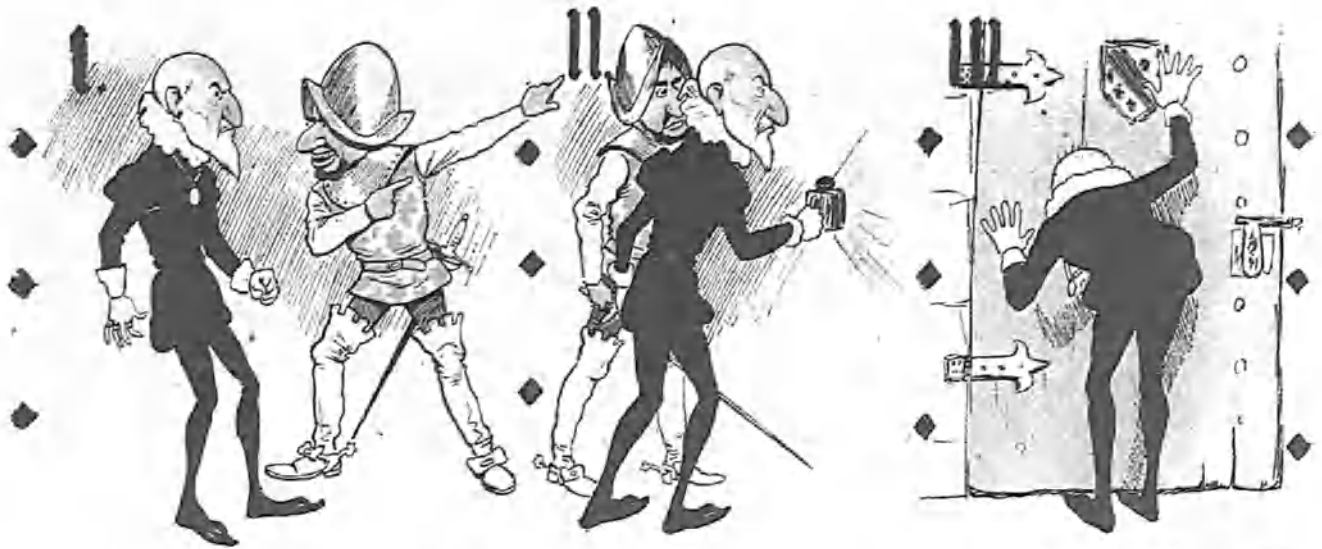
CATÁLOGOS ILUSTRADOS

GRATIS

7, MONTERA, 7



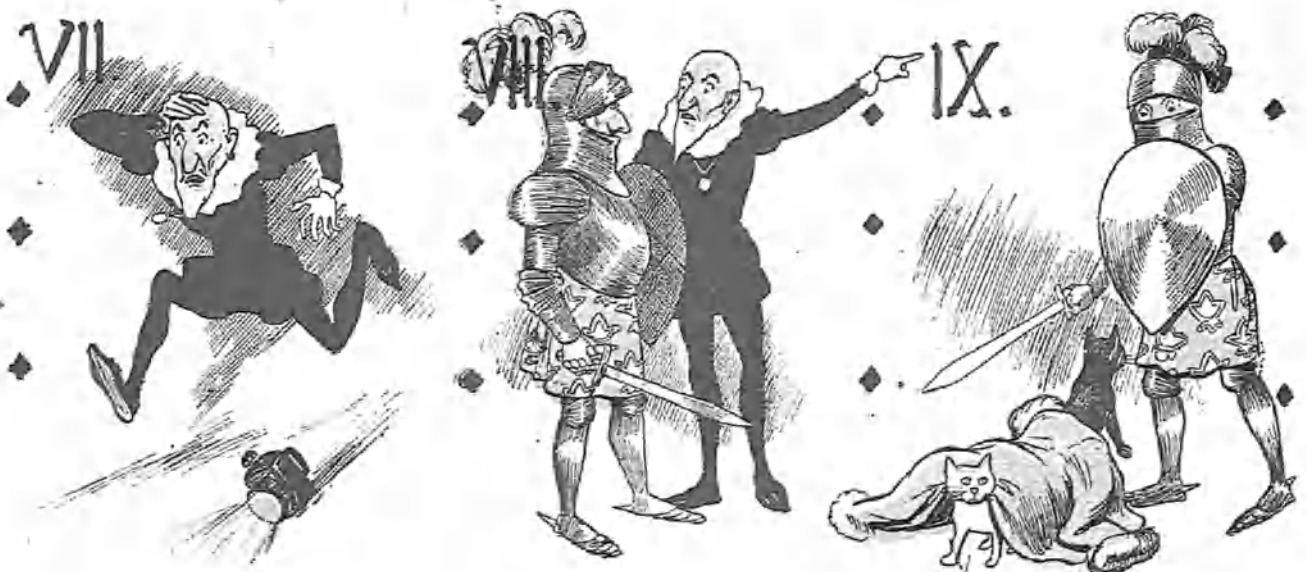
EL ANTEPASADO TRADICIÓN, por Xaudaró.



I. Ocurrió que un arquero del conde D. Lope llegó á su dueño y señor á darle la fatal nueva de que'en el torreón del antepasado, sucedía algo anormal.—II. Y corrieron con una linterna por oscuros pasadizos hasta la *misma* escalera del torreón del antepasado.—III. Ante cuya puerta se detuvo D. Lope para atisbar lo que pasaba en su interior por una abierta rendija de la mencionada puerta.



IV. Helósele á D. Lope en sus venas la sangre, pues lo que veía no podía *describílo*.—V. El capote del antepasado saltaba y saltaba sin darse punto de reposo....—V. Y volvió á saltar y más saltar por el amplio salón del torreón levantando más polvo que en una carretera.



VII. Y no cupiéndole duda á D. Lope que aquélla era arte del diablo, partió como alma que lleva el ídem.—VII En busca de don Nuño, aspirante á yerno suyo.—IVé al torreón,—le dijo—y si vuelves con gloria cuenta con mi obisca!—IX. Y dió fin á la aventura—con valor y tonosura